

Y AHORA SOMOS VIEJOS. Max Clemente.

Ahora ya estoy viejo y arrugado y aquí me tienes, recordando nuestro amor ya casi muerto.

Recuerdo el día que nos conocimos, te fijaste en mí en la tienda de flores y semillas de la Mari, muy cerca de la calle del Aire. Nuestro amor siempre ha olido a flor, a verbenas y jazmines, a alegrías y violetas, a tierra mojada después de la lluvia, a madre selvas y romero.

Crecimos juntos, sí. Demasiados años pendientes el uno del otro. En los días de riguroso sol me invitabas a un refresco, nos sentábamos en medio del olivar y siempre tenías ese vasito de agua fresca y clara que tanto me gustaba. Yo entonces sacaba pecho y te abrazaba con mis robustos brazos. Tú, casi al mismo tiempo me acariciabas suavemente con tus finas manos que fueron convirtiéndose en hacendosas y expertas herramientas de trabajo.

Te convertiste en la mejor campesina de *aquestos* lares y nuestro amor comenzó a entretrejerse como se entrelazan las enredaderas en los muros, como se aferra el musgo a la roca y como la raíz se hunde en la arena, profundamente.

Recuerdo el día del primer presente, ese que te hizo sonreír por primera vez. El símbolo de nuestro amor. Cuando apareciste aquella mañana de junio al alba te sorprendí con los pendienteillos de esmeralda que tanto te gustaban: redondos y pequeños. Fue cuando cayó tu primera lágrima. Y así, cada mediados de junio, te regalaba aquellos pendienteillos que tanto te gustaban.

Una vez llegado el frío invierno, comenzaba nuestro letargo. Tú te marchabas a la ciudad con ese hombre con el que te casaste un día de Todos los Santos y yo quedé solo pensando en nuestro reencuentro, en nuestras caricias, en aquella sensación de abrazo cuando me tocabas con tus finas manos. Y cada año se repetía la misma historia: en invierno el letargo, esperando con ansia una nueva primavera, como la orilla de una playa espera el rumor de las olas.

Después vinieron los hijos: tres mujeres y dos hombres. Paseabas junto a ellos por la hacienda. Y él. El hombre que pudo abrazarte con el frío mientras yo, casi desnudo, lloraba nuestro amor clandestino, en el mismo sitio donde me jurabas tu amor y admiración. Solo yo, perdido en la sierra.

Este año nuestro amor ha muerto para siempre. Te estuve esperando cuando florecen los almendros, tuve esperanza de que volvieras con la rojez del cerezo, e incluso esperé a que, con la llegada del sofocante calor, volvieras a convidarme con tus vasitos de agua. Pero siguieron pasando los meses y jamás regresaste. Te guardé los pendienteillos esmeralda de aquel año que morían por tenerte, pero aquel año no apareciste.

Y yo iba muriendo de pena, me iba arrugando como se arrugan los seres podridos y con falta de amor. Mis brazos caían cabizbajos, mi figura era desgarrada y depresiva, como un alma en pena.

Y fue un catorce de febrero cuando regresaste y volvimos a vernos, yo apenas tenía fuerzas pero reconocí esos ojillos negros de soslayo, volví a admirar esas delicadas manos y sentí tus labios de carmín y tu corazón latiente. Éramos ya viejos, sin fuerza, casi con el alma encallecida por el paso del tiempo. La vida es breve, como la estela de las estrellas fugaces que me alumbraron cada noche de san Lorenzo. La vida es un suspiro.

Fue aquel catorce de febrero cuando de repente, cuando me mirabas con resignación, dejaste de vivir. Palideciste como palidecen los algodones. Rostro níveo, corazón muerto. Dejaste de latir. Un paro al corazón, justo enfrente de mí. Y yo no pude hacer nada por salvarte. Fue entonces cuando se me heló el alma, mi sangre dejó de correr por mi cuerpo, la savia era ya vieja, casi envenenada por la soledad. Y es que soy ya un árbol viejo, un olivo sin fuerza, sin pendienteillos que regalarte porque las aceitunas que tanto te gustaban ya palidieron y no son ya esmeralda sino del color de la ceniza. Frutos arrugados sin sabor, tronco ajado y consumido por un cáncer que hace secarme para siempre, solo la carcoma se alimenta ya de mí.

Solo puedo agradecerte que te fijaras en mí aquella mañana en la tienda de semillas de la Mari, que me trajeras al campo con todo tu cuidado y me plantaras junto al resto de árboles que ahora parecen plañideros. Te agradezco que en días de sol me regaras con ese agüilla clara del río y que cada mes de junio, cuando brotaban mis primeros frutos, sonrieras como la primera vez.

Ahora aquí estamos tú y yo, frente a frente, un catorce de febrero muertos en el olivar. Nuestros corazones se han parado y mis aceitunillas ya podridas caen al barro como si fueran lágrimas. Y todos los olivos que nos vieron, lloran por nosotros, y lloran las nubes, y lloran los grillos y los cuervos vuelan en el olivar y los buitres carroñeros se aprovechan de nosotros. Muertos, amada mía, campesina que me cuidó, yacemos en la tierra que nos vio envejecer, y nuestros cuerpos se van pudriendo convirtiéndose en humus y nitrato. Ten por seguro, amada mía, que en este olivar siempre yacerá el amor porque nuestros cuerpos ya muertos se van deshaciendo juntos en el barro y de él nacerán nuestros hijos, aquellos que jamás pudimos tener.

Duerme amada mía, que yo dormiré contigo en la tierra de nuestro olivar. Duerme amada mía, que en primavera la vida volverá, las margaritas despertarán rabiosas y los olivos brotarán sobre nuestro lecho.

Siempre tuyo, tu olivillo fiel.